
Como la Gente

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7897

Título: Como la Gente

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de noviembre de 2022

Fecha de modificación: 24 de noviembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Como la Gente

Cuando visito un pueblo o una ciudad provincial, gusto de recorrer los suburbios, porque son ellos quienes me suministran pasta maleable para intentar arte. Los pueblos y las ciudades provinciales se parecen a las toronjas: sólo la cáscara tiene sabor y valor sativo; el interior son granos y agua: funcionarios, «pa. venus» y brutos solemnes envueltos en el pergamino de un título universitario. Todo sin sustancia y todo uniforme, como un artículo de confección o una romanza en pianola. Nadie es suyo; nadie es alguien. En cambio, en la orilla, acodado al mostrador de zinc de una taberna, se ven almas al través de las ropas desgarradas; almas sucias, almas cubiertas de cicatrices, desteñidas, remendadas, pero ingenuas, simples, naturales, verídicas, porque no tienen fuerza para mentir...

Una noche me encontré en el bebedaje de un almacén orillero, en un pueblucho de la provincia de Buenos Aires, con un tipo extraño, uno de esos tipos que son como la osamenta de un drama. Su potente armadura ósea denunciaba la robustez pasada; porque ahora menguado en carnes, arrugado el rostro como un sobre vacío, sin luz los ojos, trémulos los dedos flacos, nudosos, negros, con arqueadas uñas de roedor troglodita, tenía todo el aspecto de una tapera.

Le hablé. Al principio sólo pude sacarle frases incoherentes; luego, sobada con la mordaza de la ginebra, se le ablandó la lengua, y, a tropezones me contó su vida.

—Yo me crié en las islas, entr'el monte, a la orilla'el agua... De chico, pescaba; primero pescaba mojarritas, después sábalos, y más después tarariras y basta doraos también

pescaba... Cuando más grandote juí a montar con mi padre y con mis hermanos... ¡He echao más árboles al suelo que besos me dio mi madre!... La pobre vieja murió un invierno y jué en la noch'el velorio que nos entendimos con Jesusa, y al mes más tarde nos ayuntamos y nos juimos pa otra isla, ande había un monte muy fiero y víboras malas y tigres, y yacareses que dab'asco... Pa cuidarno'e los bichos, hicimos un ranchito sobre unas estacas bien altas... Era lindo allí...

—¿Y entonces se puso a montar por su cuenta?
—interrogué....

Él sonrió, bebió otra ginebra, se limpió con la manga las cerdas del bigote, y dijo:

—¡No!... ¿Pa qué?... ¿No dije' qu'era lindó allí?... Había fruta'e tuitas layas en árboles plantados por Dios, y había cardumen de pájaros y bichos lindos pa comer, y había carmatises y lechiguanas y en l'agua tanto pescao que se podían agarrar con la mano... ¡Era lindo!... Estuvimos allí como siete o catorce año y tuvimo un monton de hijos...

—¿Cuántos?...

—¡No m'acuerdo! imuchos!...

—¿Varones?...

—De tuito había, macho y hembra misturao... Viviamo lo más güeno...

—¿Y sus padres?...

—¡Mis padres!... No sé; a la cuenta, morirían: eran viejazos.

—¿Pero usted no volvió a salir de la isla?

—¿De la isla?... ¿Pa qué?... Yo, Jesusa y los cachorros, tuitos estábamos pansones cuando jué un fraile...

—¡A la isla!

—¡Dejuro! a la isla... Jué y nos dijo que había que casarse por la iglesia y que había que cristianar la morralla y que había que dir pal poblao, y dijo una punta'e cosas más que no entendimo bien porque era medio en gringo que hablaba el fraile, pero que parece quería decir que nosotros éramos mesmo que animales... Yo no hice caso y Jesusa por lo consiguiente, y la chamuchina se reiba al verlo a! fraile con polleras y tuito negro, mesmo que tordo y con un aujero blanco en el mate... ¡Pucha!..

—¿Y después?

—Dispués se jué, nomás, hablando'el infierno, el diablo, iy yo no sé cuánta bobada dijo!... Pero se jué con el chisme al poblao y di ahi apoco vino el comesario y nos dijo que no podíame vivir asina, porqu'era contra la ley y contra la civilización. .. y que teníamos que salir p'ajuera... y nos arriaron nomás...

—¿Para adónde?

—¡Pal pueblo, pues!... Cuando yegamos nos miraban como bichos raros. Nos dieron un ranchito pa vivir y unos trapos y algunas golosinas. El principio no iba mal, pero dispués se olvidaron de nosotros. Entonce...

—¿Entonces?

—Entonce no teníamos que comer, hasta hambre, robé una oveja, me prendieron... Cuando volví al rancho un casal de los cachorros había volao... ide hambre los pobrecitos! Dispués, volví a robar y me volvieron a prender, y cuando salí, la finada había muerto...

—¿Y sus hijos y sus hijas?

—Puaí andan; unos de melicos, otros de malevos, otros en la cárcel; y las mujeres, puaí... ipor los ranchos!... Algunas pueda que sea dijuntas... ¡Yo no sé!... Pero aura ya no semo animales; aura vivimo como la gente...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.